



Seix Barral

Djuna Barnes

El bosque de la noche

Prólogos de Siri Hustvedt y T. S. Eliot





Seix Barral Biblioteca Formentor

Djuna Barnes

El bosque de la noche

Prólogos de Siri Hustvedt y T. S. Eliot

Traducción del inglés por
Maite Cirugeda

1. REVERENCIA

A principios de 1880, a pesar de sus bien fundados recelos sobre la conveniencia de perpetuar la raza que tiene la sanción del Señor y la desaprobación de los hombres, Hedvig Volkbein, una vienesa de gran vigor y belleza militar, tendida en una cama con dosel de un intenso y espectacular carmesí —las alas bifurcadas de la Casa de Habsburgo estampadas en la cenefa; la colcha de plumas, una funda de raso sobre la que se erguía, en hilos de oro macizo y deslustrado, el escudo de armas de los Volkbein—, dio a luz, a sus cuarenta y cinco años, un hijo único, varón, con siete días de retraso respecto al pronóstico de su médico.

Enfrentándose a este campo, que vibraba al son del chacoloteo de los caballos mañaneros de una calle cercana, con la tosca pompa del general que saluda a la bandera, le dio el nombre de Felix, lo echó fuera de un empujón, y murió. El padre, Guido Volkbein —un judío de ascendencia italiana, gastrónomo y dandi, que nunca aparecía en público sin que la cinta de alguna condeco-

ración absolutamente desconocida diera, con un hilo casi imperceptible, una nota de tenue color a su ojal—había perecido seis meses antes, víctima de unas fiebres. Había sido un hombre bajo, rotundo, con una timidez teñida de altanería, y con un abdomen algo prominente de convexidad ascendente que hacía resaltar los botones del chaleco y de los pantalones, marcando el centro exacto de su cuerpo con la línea obstétrica característica de las frutas: el arco inevitable producido por copiosas rondas de borgoña, *Schlagsahne* y cerveza.

Siempre había considerado el otoño su estación, porque lo vinculaba más que cualquier otra a los recuerdos raciales; una estación de nostalgia y de horror. En esa época del año se lo había visto pasear por el Prater llevando en un puño manifiestamente apretado el exquisito pañuelo de lino amarillo y negro queregonaba a los cuatro vientos la ordenanza de 1468 promulgada por un tal Pietro Barbo, por la cual se exigía que, con una cuerda alrededor del cuello, la raza de Guido corriera en el Corso para diversión de la plebe cristiana, mientras las damas de noble cuna, poseedoras de columnas vertebrales demasiado refinadas para el reposo, se levantaban de sus asientos y, junto a los prelados de púrpura cardenalicia y los *monsignori*, aplaudían con ese abandono frío e histérico del pueblo que es injusto y feliz a la vez; el mismísimo Papa, desprendiéndose de su agarradero en el Cielo, se venía abajo a sacudidas, con las carcajadas del hombre que renuncia a sus ángeles para poder recuperar la bestia. Este recuerdo y el pañuelo que lo acompañaba habían forjado en Guido (como ciertas flores que, forzadas al clímax del éxtasis de floración, en cuanto alcanzan su variedad específica

ya empiezan a marchitarse) la suma total de la identidad del judío. Había deambulado, acalorado, imprudente y condenado, con los párpados temblorosos sobre aquellos gruesos globos oculares, sofocado por el dolor de una participación que, cuatro siglos después, lo convertía en víctima, al sentir en su propia garganta el eco de aquel grito que tanto tiempo atrás recorría la Piazza Montanara, «*Robba vecchia!*»; la degradación mediante la cual su pueblo había sobrevivido.

Guido, sin descendencia a los cincuenta y nueve años, al hijo que estaba en camino le había preparado un corazón con su propio corazón, moldeado sobre su propia ansiedad, el inexorable homenaje a la nobleza, la genuflexión que el cuerpo perseguido ejecuta por contracción muscular, al postrarse ante lo inminente e inaccesible, como ante un calor intenso. Guido, como le sucedería después a su hijo, había sentido el peso de una sangre inadmisibile.

Y sin descendencia había muerto, salvo por la promesa que colgaba del cinto cristiano de Hedvig. Guido había vivido como todos los judíos que, separados de su gente por accidente o por elección, descubren que tienen que habitar un mundo cuyos elementos, al ser extraños, fuerzan la mente a sucumbir a un populacho imaginario. Cuando un judío muere sobre un seno cristiano, muere empalado. Hedvig, pese a su congoja, lloró por un paria. En aquel momento su cuerpo se volvió una barrera, y Guido murió contra aquel muro, trastornado y solo. En vida había hecho todo lo posible para salvar aquella distancia abismal, y el más vano y lastimoso de todos sus gestos había sido la ostentación de una fraudulenta baronía. Había adoptado la señal de la cruz, había dicho que

era austriaco y que pertenecía a una antigua stirpe, casi extinguida, y para corroborar su historia había exhibido las más extravagantes e imprecisas pruebas: un escudo de armas al que no tenía derecho alguno y una lista de progenitores (nombres de pila incluidos) que jamás habían existido. Al descubrir Hedvig sus pañuelos amarillos y negros, él le había dicho que eran para recordarle que una de las ramas de su familia había florecido en Roma.

Había intentado ser todo uno con ella a fuerza de adorarla, de imitar sus zancadas a paso de ganso, un paso que al adoptarlo él quedaba cómico y dislocado. Ella habría hecho otro tanto, pero percibiendo en él algo de blasfemado y solitario, había encajado el golpe tal y como corresponde a una gentil: acercándosele con rechazo. Se había creído cuanto él le había dicho, pero muy a menudo había preguntado: «¿Qué pasa?» Ese continuo reproche, que pretendía ser un continuo recordatorio de su amor, recorrió la vida de Guido como una voz acusadora. Se había atormentado haciendo el panegírico de la realeza, profiriendo encomios con la fuerza del exiguo chorro de agua que la presión del pulgar redobla. Se había reído con excesiva campechanía en presencia de los títulos nobiliarios de menor prosapia, como si con su afabilidad pudiera ascenderlos a alguna distinción por ellos soñada. Al confrontarse nada menos que a un general enfundado en crepitante cuero —que olía a pólvora y a carne de caballo y estaba afectado de esa leve repercusión del movimiento común en los militares, que parecen respirar de dentro afuera—, un tipo letárgico pero preparado para participar en una guerra aún no prevista (alguien a quien Hedvig había apreciado mucho), Guido

se había estremecido con un temblor inadvertido. Se dio cuenta de que Hedvig tenía el mismo porte, la misma potencia aunque más concentrada en las manos, hecha según el mismo modelo de asimiento en un molde menor, tan siniestra en su reducción como una casa de muñecas. La pluma de su sombrero había sido afilada y aleteante, como agitada por un viento heráldico; había sido una mujer aferrada a la naturaleza, precisa, ancha de pecho y alegre. Al mirarlos a los dos, Guido se había encogido, como si estuviera a punto de recibir una repri-menda, no del oficial sino de su mujer.

Cuando ella bailaba, un poco embriagada por el vino, la pista de baile se convertía en un campo de maniobras; el taconeo era *staccato* y experto, y los hombros tan conscientes de sus propios extremos como los que lucen los galones y las borlas de los ascensos; giraba la cabeza manteniendo la vigilancia fría del centinela que hace la ronda no sin cierta aprensión. No obstante, Hedvig había hecho cuanto podía. Si alguna vez ha existido un chic robusto, ella lo había personificado, pero en algún rincón perduraba la ansiedad. Lo que había estado acechando, aunque no hubiera sido consciente de ello, era la aseveración de Guido de que era barón. Ella se lo había creído como el soldado «cree» una orden. Pero algo en su predicamento instintivo —al que ella misma no habría otorgado valor alguno— opinaba de muy distinto modo. Hedvig se había convertido en baronesa sin cuestionárselo.

A pesar de que en la Viena de la época de Volkbein eran pocos los oficios que acogían a los judíos con los brazos abiertos, Guido se las había apañado —comerciendo con artículos de menaje, comprando discreta-

mente obras de arte antiguas y primeras ediciones y cambiando divisas— para procurarle a Hedvig una casa en el casco antiguo de la ciudad, al norte, con vistas al Prater, una casa grande, oscura e imponente, que se convirtió en un fantástico museo de su encuentro.

Los largos pasillos rococó, vertiginosos con sus lujosos y verticilados dibujos dorados, estaban poblados de restos romanos, blancos e inconexos; la pierna de un atleta, el busto glacial y medio enloquecido de una matrona herida en el pecho, con unas cuencas de los ojos vacías y marcadas que recibían una pupila de cada desplazamiento de la sombra, de tal modo que lo que contemplaban era un acto del sol. El salón principal era de nogal. Encima del hogar colgaban unas reproducciones impresionantes del escudo de los Médicis y, junto a éstas, el ave austriaca.

Tres pianos imponentes se arrellanaban sobre una pila de alfombras madrileñas de color sangre de drago (Hedvig había tocado los vales de su tiempo con el compás magistral propio de un hombre, al tempo de su sangre, rápido y en crescendo: esa pulsación ágil y cortés asociada al modo de tocar de los vieneses, que, por más que espoleados por el amor al ritmo, ejecutan sus exigencias como si se tratara de batirse en duelo). El estudio albergaba dos escritorios de estructura laberíntica tallados en una madera rojiza y brillante. A Hedvig le gustaban las cosas de dos en dos y de tres en tres. En los arcos centrales de estos escritorios, unas puntillas de cabeza plateada configuraban un león, un oso, un carnero, una paloma, y entre medio una antorcha flameante. Guido había supervisado la realización de los dibujos, y enseguida los había reivindicado como cam-

po de los Volkbein, si bien resultaron ser unos motivos heráldicos en desuso, en virtud de la desaprobación papal. Los enormes ventanales que daban al parque (un toque francés que a Guido le parecía muy elegante) lucían cortinajes de terciopelos del país y telas tunecinas, y las persianas venecianas eran de ese tono de rojo peculiarmente oscuro que los austriacos tanto estiman. De los paneles de madera de roble que se alzaban hasta la curva del techo, por encima de una mesa muy larga, colgaban los retratos de tamaño natural del padre y la madre que Guido se había adjudicado. La dama era una suntuosa florentina de ojos brillantes y maliciosos y boca entreabierta. Unas mangas abullonadas y cuajadas de perlas se elevaban hacia las erguidas costuras del encaje almidonado que nimbaba su cabeza, cónica y cubierta de trenzas. La profusa tela del vestido caía a su alrededor en pliegues inguinales; la cola, que serpenteaba por una arboleda primitiva, tenía el grosor de una alcatifa. Parecía que estuviera esperando un pájaro. El gentilhombre se hallaba precariamente sentado en un corcel. Más que montado sobre el animal, parecía como si estuviera a punto de echársele encima. El azul de un cielo italiano quedaba encajonado entre la silla y el ante amarillo de las nalgas apretadas del caballero. El artista había captado el corcel en el momento de describir un arco descendente; la crin suspendida en un oleaje moribundo y la cola hacia delante y hacia dentro, entre unas patas delgadas y biseladas. La indumentaria del caballero era una mezcla desconcertante de lo romántico y lo religioso, y en la sangradura del brazo izquierdo acunaba un sombrero emplumado, con la copa hacia fuera. El conjunto era digno de una fantasía de

martes de carnaval. La cabeza del gentilhombre, fijada en un ángulo de tres cuartos, tenía un notable parecido con Guido Volkbein, la misma curvatura cabalística de la nariz, los rasgos maduros y cálidos, excepto allí donde el azul virginal de los globos oculares hacía que los párpados se arquearan, como si fuera un órgano distinto al de la vista el que se hallaba apostado bajo aquella carne. No había tregua en aquella mirada, infinita y objetiva. El parecido era accidental. Si alguien se hubiera tomado la molestia de indagar en la cuestión, habría descubierto que aquellas telas eran reproducciones de dos antiguos e intrépidos actores. Guido las había encontrado en algún rincón olvidado y polvoriento y las había adquirido con la seguridad de que algún día necesitaría una coartada para su ascendencia.

En este punto preciso se detenía la historia para Felix que, treinta años después, hacía su aparición en el mundo con estos hechos, los dos retratos y nada más. Su tía, mientras se peinaba las largas trenzas con un peine de ámbar, le había contado lo que sabía, y ése era todo el conocimiento que ella tenía de su pasado. El mundo ignoraba qué era lo que había formado a Felix desde su nacimiento hasta cumplir los treinta, pues la huella del judío errante está en cada hijo de hebreo. Lo encuentres donde lo encuentres y sea cuando sea, tienes la sensación de que ha venido de algún lugar —poco importa de qué lugar—, de algún país que ha devorado más que habitado, de alguna tierra secreta de la que se ha alimentado pero que no puede heredar, ya que el judío parece estar en todas partes sin ser de ninguna. Cuando se mencionaba el nombre de Felix, tres personas como mínimo habrían jurado haberlo visto la semana anterior en tres países distintos al mismo

tiempo. Uno diría que se había rozado con él al subir los peldaños de St. Patrick; otro que había sido visto remontando el Támesis en batea; y el tercero afirmaría que eso no era posible, puesto que él mismo, recién llegado de Florencia, se había fijado en Felix, que estaba admirando a los primitivos en los Uffizi.

Felix se presentaba como el barón Volkbein, igual que había hecho su padre antes que él. Nadie sabía cuál era su *modus vivendi*, de qué manera había llegado a hacer fortuna —entendía de cifras como el perro de su presa y con el mismo afán las marcaba y las cobraba—, cómo había llegado a dominar siete idiomas y a hablarlos con precisión. Su cara y su figura resultaban familiares a mucha gente. No es que fuera popular, pero el homenaje póstumo que se rendía a su padre le procuraba, de parte de sus conocidos, la peculiar mirada semicircular de quienes, sin estar dispuestos a saludar con mundanal igualdad, conceden empero a la rama viva (en virtud de la muerte y de su consagración) aquella leve inclinación de cabeza —perdón evocador de futuras aprensiones—; una reverencia hartamente común entre nosotros cuando nos hallamos en presencia de esta clase de personas.

Felix era más fornido que su padre, y también más alto. Los cabellos le crecían demasiado lejos de la frente. El rostro presentaba un óvulo alargado y recio, aquejado de una penosa melancolía. Un único rasgo hablaba de Hedvig, la boca, que, si bien sensual por falta de deseo como la de ella lo había sido por rechazo, se ceñía con demasiada intimidad a la estructura ósea de los dientes. Los otros rasgos —el mentón, la nariz y los párpados—, eran un tanto abotargados; en una de

sus órbitas llevaba el monóculo, un ojo redondo y ciego brillando al sol.

En general se lo veía solo, a pie o en coche, engalanado como si esperara participar en algún acontecimiento importante, aunque no hubiera en el mundo ninguna función para la que luciera el atuendo adecuado; llevado por el deseo de quedar bien en todo momento, vestía un traje medio de noche y medio de día.

La mezcla de pasiones que constituía su pasado, la diversidad de sangres, el enigma de mil situaciones imposibles, habían hecho de Felix un ser complejo y simple: el hombre trastornado.

Su trastorno tomó la forma de obsesión por lo que él denominaba «Vieja Europa»: la aristocracia, la nobleza, la realeza. Cualquier título que citara, lo hacía marcando una pausa antes y otra después del nombre. Sabedor de que la circunlocución era su único contacto, la hacía interminable y rigurosa. Con la furia de un fanático, acosaba a su propia descalificación, rearticulando la osamenta de aquellas cortes imperiales olvidadas desde tiempo inmemorial (sólo las que han permanecido en la memoria por mucho tiempo pueden considerar que han sido olvidadas desde tiempo inmemorial), escuchando con una locuacidad indecorosa a los funcionarios y guardianes por miedo a que su desatención le hiciera perder algún fragmento de su resurrección. Creía que tal vez el gran pasado se arreglaría un poco si en su reverencia se inclinaba lo suficiente, si sucumbía y rendía homenaje.

En el 1920 estaba en París (su ojo ciego lo había eximido del servicio militar), y seguía calzando botines, seguía vistiendo chaqué, inclinándose, rastreando, con

apresurados movimientos pendulares, el objeto digno de su veneración: la calle idónea, el café idóneo, el edificio idóneo, el panorama idóneo. En los restaurantes saludaba con una leve inclinación a quienquiera que aparentase ser «alguien», pero su reverencia era tan imperceptible que el sorprendido destinatario podía pensar que sólo estaba reajustando el estómago. Se alojaba en las habitaciones desde las que un Borbón se había dirigido al patíbulo. Tenía un ayuda de cámara y una cocinera, el primero porque se parecía a Luis XIV, y la segunda porque recordaba a la reina Victoria, una Victoria de pacotilla, para bolsillo de pobre.

En su afán por encontrar una *Comédie Humaine* particular, Felix había dado con los excéntricos. Versado en edictos y en leyes, en leyendas populares y en herejías, catador de vinos raros, especialista en hojear libros más raros aún y cuentos de vieja —historias de hombres que se hicieron santos y de bestias que se condenaron—, entendido en toda clase de planos de puentes y fortificaciones, vacilante ante todos los cementerios al borde de todos los caminos, pedante conocedor de muchas iglesias y castillos, su mente resonaba a Madame de Sévigné, Goethe, Loyola y Brantôme de un modo vago y reverente. Pero Loyola daba la nota de mayor profundidad; era un hombre solo, aparte y único. Una raza que ha huido de sus generaciones de ciudad en ciudad no ha encontrado el tiempo necesario para la acumulación de esa dureza que engendra el descaro, ni tampoco, después de la crucifixión de sus ideas, suficiente olvido en veinte siglos para generar leyenda. Se requiere un cristiano, eterno obstáculo en el camino hacia la salvación del judío, dispuesto a hacer suya la culpa y a extraer de esas

profundidades las fantásticas y encantadoras supersticiones a través de las cuales el infatigable pilatero judío se convierte una vez más en el «recaudador» de su propio pasado. Su perdición no será rentable hasta que algún *goy* la haya configurado de modo tal que pueda ser ofrecida de nuevo como «símbolo». La perdición del judío nunca es suya, es obra de Dios; su rehabilitación nunca le pertenece, es obra de un cristiano. A modo de recompensa, el tráfico cristiano ha convertido la historia del judío en una mercancía; es el medio por el cual, llegado el momento, recibe el suero de su propio pasado y puede ofrecerlo de nuevo como sangre suya. De esta manera, el judío participa en ambas condiciones; y de igual modo Felix tomó el pecho de su nodriza cuya leche fue su ser, pero que jamás podría pertenecerle por derecho de nacimiento.

Desde temprana edad, Felix se había insinuado en la pompa del circo y del teatro. En cierto modo, vinculaba sus emociones con la más elevada e inalcanzable pompa de los reyes y las reinas. En uno u otro momento, las actrices más cordiales de Praga, Viena, Hungría, Alemania, Francia e Italia, los acróbatas y los tragasables lo habían admitido en sus camerinos, salones de mentira en los que remedaba su corazón. Allí no tenía que ser ni competente ni foráneo. Durante un tiempo pasó a formar parte de su espléndida y atufante falsificación.

Los personajes de este mundo, llevados por deseos totalmente opuestos a los suyos, también adoptaban títulos con algún propósito. Había una princesa Nadja, un barón Von Tink, una *principessa* Stasera y Stasero, un rey Buffo y una duquesa de Broadback: recortes baratos de la vida animal, llamativos, inmensamente capaces de esa

gran desazón llamada espectáculo. Se adjudicaban los títulos para deslumbrar a los mozos de buen ver, para hacer su vida pública (y era cuanto tenían) misteriosa y desconcertante, sabiendo a ciencia cierta que la destreza es tanto más asombrosa cuando parece impropia. Felix se aferraba a su título para deslumbrar a su propio enajenamiento. Eso los acercaba.

Entre esa gente —hombres que no olían tanto como sus animales y mujeres que olían más—, Felix se veía invadido por una sensación de paz que hasta entonces sólo había experimentado en los museos. Se movía con humilde histeria entre los brocados ajados y los encajes marchitos del Carnavalet; amaba ese rancio y documentado esplendor con un afecto parecido al que siente el león por el domador: ese enigma adornado con lentejuelas empañadas por el sudor que, al hacerle entrar en vereda, le había mostrado un rostro en cierto modo semejante al suyo, que, si bien curioso y débil, por lo menos había captado la furia exacta de su cerebro.

Nadja se había recostado en su silla de espaldas a Felix, tan segura de la justicia de su mirada como lo habría estado de la justicia linear de un Rops, sabiendo que Felix tabulaba con precisión la tensa capacidad de su espinazo, aquella curva incitante que viraba hacia la compacta hendidura de sus nalgas con tanta irritación y tanta belleza como la cola, más vistosa, de su león.

La espiral emocional del circo, que levantaba el vuelo a partir de la inmensa incapacidad del público, rebotando con su infinita esperanza, suscitaba en Felix ansia y desasosiego. El circo era algo que amaba pero que jamás podría tocar, y que por tanto jamás podría conocer. La gente de teatro y de la arena era para él tan dramática

y monstruosa como una partida de mercancías por la que jamás podría licitar. Que los siguiera con tanta persistencia era la prueba de que parte de su naturaleza se estaba volviendo cristiana.

De igual modo le sorprendió verse atraído por la Iglesia, aunque dicha tensión le resultaba más fácil de manejar; según descubrió, la arena correspondiente a la Iglesia quedaba circunscrita al corazón de cada cual.

A la duquesa de Broadback (Frau Mann) debía Felix su primera audiencia con un «distinguido caballero». Frau Mann, que se hallaba entonces en Berlín, explicó que esta persona había mantenido «cierta relación con ella en el pasado». A Felix le costaba un tremendo esfuerzo imaginársela «relacionada» con quien fuera, pues sus coqueterías eran musculares y localizadas. Al parecer, su oficio —el trapecio— la había conservado. En cierto modo le confería una especie de encanto. Sus piernas tenían la tensión especializada característica de quienes trabajan en el aire; había algo de la barra en sus puños, el tanino de la casca en su caminar, como si el aire, por su misma ligereza, precisamente por su falta de resistencia, fuera un problema prácticamente insuperable e hiciera que su cuerpo, aunque menudo y compacto, pareciera mucho más pesado que el de las mujeres que tocan de pies en el suelo. Su rostro presentaba la tensa expresión del organismo que sobrevive en un elemento ajeno. Era como si en la piel se le hubiera grabado el diseño de su vestido: un corpiño a rombos, rojos y amarillos, escotado en la espalda y lleno de volados por encima y por debajo de los brazos, desteñido por el sudor de las tres sesiones diarias de ejercicios, medias encarnadas, botas de cordones; daba la impresión de que

todo eso la traspasara, como el dibujo en los caramelos de azúcar cande de los días festivos, y el bulto de especialización en la ingle —en el punto en que atrapaba la barra con un pie inmovilizado en la flexión de la pantorrilla— era tan sólido y tan pulido como el roble. El tejido de las medias había dejado de ser una funda, era ella misma; el espacio de la entrepierna, reforzado con puntadas cerradas, había llegado a ser hasta tal punto su propia carne que la había hecho tan asexuada como a una muñeca. La aguja, que a una la había hecho propiedad de la niña, a la otra le había impedido ser propiedad del hombre.

—Esta noche —dijo Frau Mann, girándose hacia Felix—, vamos a divertirnos. A veces Berlín resulta muy agradable por la noche, *Nicht wahr?* Y el conde es alguien digno de ver. El lugar es muy hermoso, rojo y azul, le gusta el azul, sabe Dios por qué, y le gusta la gente imposible, así que estamos invitados... —El barón apartó el pie—. Puede que incluso haya preparado las estatuas.

—¿Las estatuas? —preguntó Felix.

—Las estatuas vivientes —respondió ella—. El conde les profesa una auténtica adoración.

Felix dejó caer su sombrero, que echó a rodar por el suelo hasta que por fin se detuvo.

—¿Es alemán? —preguntó.

—Oh, no, italiano, pero no importa, lo habla todo, creo que viene a Alemania para cambiar dinero... Viene, se va, y todo sigue igual, sólo que la gente tiene tema de conversación.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—No lo he dicho, pero se hace llamar conde Onatorio

Altamonte, que me parece de lo más ridículo. Dice que está emparentado con todas las naciones..., eso debería agradarle. Habrá cena y habrá champán. —El modo en que dijo «cena» y el modo en que dijo «champán» adjudicaron a la carne y al líquido su diferencia específica, como si después de superar dos medios, la tierra y el aire, su talento siguiera avanzando, haciendo suyos todos los demás.

—Así que se lo pasa uno bien... —sondeó.

—¡Oh, sin lugar a dudas!

Frau Mann se inclinó hacia delante y empezó a retirarse el maquillaje con la diligente y especializada habilidad del artista que limpia su paleta.

—*Wir setzen an dieser Stelle über den Fluss...* —dijo, mirando con sorna al barón.

Alrededor de una mesa dispuesta al fondo de la inmensa sala, con aspecto de estar decidiendo el destino de una nación, se hallaban reunidos diez hombres, todos ellos en actitudes parlamentarias, y una mujer joven. En el momento en que Felix y la duquesa de Broadback hicieron su aparición, estaban escuchando a un «estudiante de medicina» de mediana edad, cejas pobladas y ojos oscuros demasiado grandes; los cabellos le dibujaban en la frente un pico extremadamente pronunciado entre las entradas, y su porte tenía un aire de gravedad y de disculpa al mismo tiempo. Se trataba del doctor Matthew O'Connor, un irlandés de Barbary Coast (Pacific Street, San Francisco), que había recorrido medio mundo llevado por su interés por la ginecología. Hacía las veces de anfitrión, pues el conde aún no había comparecido, y

estaba hablando de sí mismo, porque se consideraba el predicamento más entretenido.

—Tal vez seamos todos los aristócratas de la naturaleza —decía, y la sola mención de la palabra aristócrata hizo que Felix se sintiera más feliz, si bien lo que vino a continuación le infundiera algunas dudas—, ¡pero piensen en las historias de poca monta! O sea, las historias que han quedado en el olvido a pesar de todo lo que el hombre recuerda (a menos que se recuerde a sí mismo), simplemente porque sucedieron sin distinción de cargo ni de título; eso es lo que llamamos leyenda, y es lo mejor que un pobre puede hacer con su destino; al resto —agitó un brazo— lo llamamos historia, lo mejor que los grandes y poderosos pueden hacer con sus destinos. La leyenda no está expurgada, pero la historia, debido a sus actores, está desflorada... toda nación provista de sentido del humor es una nación perdida, y toda mujer provista de sentido del humor es una mujer perdida. Los judíos constituyen el único pueblo con suficiente sentido común como para mantener el humor dentro del círculo familiar; el cristiano lo esparce por todo el mundo.

—*Ja! das ist ganz richtig* —dijo la duquesa en voz bien alta.

Pero la interrupción fue del todo inútil. Cuando el doctor había conseguido su audiencia —y la conseguía con la simple estratagema de pronunciar a pleno pulmón algunos de los más cáusticos y enrevesados entre los verbos sajones cortos (en momentos así con la voz poseída e irritante de una mujer enloquecida)— nada podía detenerlo. Se limitó a volver hacia ella sus grandes ojos, percatándose por primera vez de su presencia y de

su indumentaria, y de repente la imagen le hizo pensar en algo olvidado pero comparable y prorrumpir en carcajadas.

—¡Mira por dónde..., los caminos que sigue el Señor para traerme a la memoria ciertas cosas son, en verdad, inescrutables! —exclamó—. Ahora me acuerdo de Nikka, el negro que luchaba con el oso en el Cirque de Paris. Allí estaba, agazapándose por toda la pista desnudo, a excepción de un taparrabos mal disimulado que por el volumen del paquete parecía contener una buena pieza de pesca submarina, tatuado de pies a cabeza con todo el *ameublement* de la depravación. Era un espectáculo digno de ver, enguirnaldado con capullos de rosa y toda la pompa chabacana del diablo. Y sin embargo no hubiera podido hacer nada (y sé de qué estoy hablando, pese a todo lo que se ha dicho acerca de los chicos negros) ni aun encerrado una semana entera en una fábrica de cardar, por más que (según dicen) en extensión se le podía leer la palabra Desdémona. Bueno, pues encima del vientre llevaba un ángel de Chartres, en cada nalga, medio pública medio privada, una cita del libro de magia, una confirmación de la teoría jansenista, lamento decirlo, y decirlo aquí. En las rodillas, les doy mi palabra, «YO» en una y «PUEDO» en la otra. ¡Júntenlas! De un lado al otro del pecho, bajo una hermosa carabela a toda vela, dos manos entrelazadas, con las muñecas adornadas con grecas de punto de encaje. Encima de cada pecho, un corazón atravesado por una flecha, con distintas iniciales pero idénticas gotas de sangre; y todo a lo largo de un costado, yendo a dar contra la axila, la palabra que articuló el príncipe Arthur Tudor, hijo de Enrique VII, cuando en su noche de

bodas pidió una copa de agua (¿o no era agua?). Su chambelán, ponderando la causa de aquella sequía, hizo algún comentario, y recibió por respuesta una sola palabra tan rotundamente epigramática como indigna del noble y gran Imperio Británico que le produjo un buen sobresalto, y eso es todo lo que sabremos de esta historia, a menos que —dijo el doctor, dándose una palmada en la cadera— sean tan expertos en hacer conjeturas como Bartolillo M'Caffery.

—¿Y las piernas? —preguntó Felix, un tanto molesto.

—Las piernas —dijo el doctor O'Connor—, dedicadas en exclusiva a las hojas de parra, y coronadas por la rosa parda trepadora copiada de la reproducción del palacio de los Rothschild de Hamburgo. En el *dos*, lo crean o no, y yo no lo hubiera creído, un informe conciso en antigua caligrafía monacal —que algunos denominan indecente y otros gótica— del estado realmente deplorable de París antes de la introducción de la higiene, cuando la naturaleza llegaba a la altura de las rodillas. Y justo encima de aquello que no debe mencionarse, volaba un pájaro portador de un gallardete con la inscripción: «*Garde tout!*» Yo le pregunté el porqué de toda aquella barbarie, y él me respondió que amaba la belleza y quería llevarla encima.

—¿Conoce Viena? —inquirió Felix.

—Viena —dijo el doctor—, el lecho al que trepan los plebeyos, dóciles de fatiga, y del que se arrojan los nobles, feroces de dignidad... No muy bien, pero la conozco, y sigo manteniendo vivo algún recuerdo. No he olvidado a los colegiales austriacos, bandadas de codornices que salían a sentarse al sol acá y allá durante el recreo:

mejillas sonrosadas, ojos vivarachos, jugosas bocas de rosa, oliendo a infancia rebañega, con los hechos históricos brillándoles en la mente como la luz del sol, prontos a perderse, prontos a ser olvidados, rebajados a la categoría de prueba. La juventud es causa, la edad es efecto; así es como el robustecimiento del cuello nos trae consigo información.

—Yo no estaba pensando en sus muchachos sino en su superioridad militar, en sus nombres ilustres —dijo Felix, con la sensación de que la velada ya se había arruinado, al ver que el anfitrión aún no había hecho acto de presencia y la ocasión iba a quedar en manos de aquel hombre casquivano que se presentaba como doctor.

—¡El ejército, la familia del célibe! —asintió el doctor—. Su única seguridad.

La mujer joven, que no habría cumplido los treinta, se alejó del grupo para acercarse a Felix y al doctor. Se llevó las manos a la espalda, apoyándolas contra la mesa. Daba la impresión de estar algo nerviosa.

—¿Están diciendo lo que realmente piensan, uno y otro, o hablan por hablar? —dijo, ruborizándose, y se apresuró a añadir—: Estoy haciendo publicidad preliminar para el circo, soy Nora Flood.

El doctor se giró, con aire complacido.

—¡Ah! —exclamó—. Nora desconfía de la fría e incauta melodía de las horas que se deslizan lentamente, pero —añadió—, no he hecho más que empezar. —De repente se dio una palmada en el muslo—. ¡Flood, Nora, bendito y alabado sea Dios! ¡Hija mía, pero si yo ayudé a traerte al mundo!

Felix, tan aturdido como si de él se esperara que «hiciera algo» para evitar una catástrofe (así como se

espera que hagamos algo con un vaso volcado cuyo contenido está a punto de derramarse de la mesa y caer sobre el regazo de una dama), al oír la frase «las horas que se deslizan lentamente» estalló en incontrollables carcajadas, y por más que este incidente le preocupara durante el resto de su vida, jamás fue capaz de encontrarle una explicación. El resto de la compañía, en lugar de guardar silencio, seguía como si nada hubiera sucedido; dos o tres de los hombres más jóvenes estaban comentando algún escándalo, y la «duquesa», con aquella voz fuerte y hueca, le estaba contando algo sobre las estatuas vivientes a un hombre muy fornido. Todo lo cual no hacía sino exacerbar el tormento del barón. Empezó a agitar las manos, diciendo, «¡Oh, por favor, por favor!», y de pronto tuvo la sensación de que no era risa, ni por asomo, sino algo mucho peor, por más que seguía diciéndose a sí mismo: «¡Me río, es auténtica risa y nada más, nada de nada!» Seguía agitando los brazos, como si estuviera pidiendo auxilio, y diciendo, «¡Por favor, por favor!», con la vista clavada en el suelo, profundamente trastornado por su modo de comportarse.

Con el mismo impulso que había comenzado, de improviso se quedó muy erguido, con las manos en los brazos de la butaca y la mirada fija en el doctor, que se inclinaba hacia delante al acercar su silla para quedar cara a cara.

—Sí —decía el doctor, sonriendo—, se llevarán una decepción. *In questa tomba oscura...* ¡Oh, infiel! No soy un herbolario, no soy un Rutebeuf, no poseo ninguna panacea, no soy un charlatán... O sea, no puedo o no quiero hacer piruetas. No soy ni un saltimbanqui, ni un

fraile, ni siquiera una Salomé del siglo XIII dispuesta a bailar sobre el filo de un par de espadas toledanas meneando un culo respingón... ¡Prueben a ver si consiguen que alguna muchacha enferma de amor, macho o hembra, haga eso hoy en día! Si no creen que érase una vez sucedían cosas de este estilo, consulten los manuscritos del Museo Británico o vayan a ver la catedral de Clermont-Ferrand, a mí me da lo mismo; o hagan como las esposas de los musulmanes ricos de Túnez que alquilan mujeres tontas para reducir la hora a su mínimo sentido, a pesar de que eso no les va a remediar nada, porque no hay hombre que se cure de repente. ¿Saben lo que realmente desea el hombre? —inquirió el doctor, esbozando una sonrisa burlona ante el rostro inmóvil del barón—. Una de dos: encontrar a alguien que sea tan estúpido como para poder mentirle, o amar hasta el punto de que el objeto de su amor pueda mentirle a él.

—Yo no estaba pensando ni remotamente en las mujeres —replicó el barón, haciendo ademán de levantarse.

—Yo tampoco —dijo el doctor—. No se levante. Este *fine* está muy bueno —prosiguió, llenándole de nuevo el vaso.

—No, gracias, no bebo —objetó Felix.

—Ya beberá —dijo el doctor—. Pongámoslo al revés: la Iglesia luterana o protestante en contraposición a la católica. La Iglesia católica es la chica que usted tanto ama y que le puede engañar, y la protestante es la chica que le ama tanto que puede usted engañarla, y fingir un montón de cosas que no siente. Lutero, espero que no le moleste que se lo diga, fue tan grosero como cualquiera de los viejos moruecos que pisotearon su pajar, porque le habían

arrebatado de las manos la custodia de las indulgencias y de las «remisiones» de los pecados de la gente, que en aquellos tiempos venía a ser la mitad de todo lo que tenían y que el viejo fraile de Wittenberg pretendía manejar a su manera. Así que, claro está, después de eso se puso frenético y empezó a parlotear como una mona encaramada en un árbol y comenzó algo que jamás se había planteado comenzar (o así parece confirmarlo la inscripción del lado que él ocupaba en la mesa del desayuno), una megalomanía obscena —que por más desenfrenada, absurda y estrambótica que sea, debe presentarse con claridad, serenidad, y detenimiento, pues de lo contrario no merece la pena—. ¿Qué es lo que escuchamos en la Iglesia protestante? Las palabras de un hombre que ha sido elegido por su elocuencia... pero digamos que tampoco una elocuencia excesiva, porque lo harían bajar del púlpito a puntapiés, por miedo de que acabara utilizando su pico de oro con fines políticos. Ya que quien tiene el don de la palabra no se da por satisfecho hasta librar batalla acerca del destino de una nación, y la Iglesia tiene sabiduría suficiente para ser consciente de ello.

»Pero volvamos a la Iglesia católica. Si vamos a misa en un momento cualquiera, ¿con qué nos encontramos? Con algo que ya llevamos en la sangre. Conocemos la historia que el cura, yendo y viniendo de un lado a otro del altar, nos está contando, tanto si se trata de un cardenal, de León X, o simplemente de algún pobre desgraciado originario de Sicilia que ha descubierto que *pecca fortiter* entre sus cabras ya no le purifica el alma, y que desde siempre ha sido, bien lo sabe Dios, el hijo de Dios... lo mismo da. ¿Por qué? Porque estamos allí sentados con nuestras propias meditaciones y una

leyenda, (que sobre un huevo pone la gallina), mezclándolas con la Sagrada Cuchara, que es aquella historia. O también podemos meternos en el confesionario, y allí, a falta de contrición (si nos vemos obligados) podemos hablar de la condición del alma nudosa y enmarañada y nos responderán con ecos góticos, mutuos e instantáneos... uno de los cuales saludará nuestra despedida. ¡El entuerto habrá sido reparado, y la altísima y sublime mano del Cielo nos devolverá la madeja, peinada y perdonada!

»De las dos Casas —prosiguió—, una es dura, tan dura como el don de la locuacidad, y la otra tan suave como las ancas de una cabra, y no puedes culpar a nadie de nada, ni nada ni nadie puede gustarte.

—¡Un momento! —dijo Felix.

—¿Sí? —dijo el doctor.

—A mí —prosiguió Felix, molesto y en tono de reprobación, inclinándose hacia delante—, me gusta el gesto de aquel príncipe que estaba leyendo un libro, cuando el verdugo le puso la mano en el hombro diciéndole que había llegado el momento, y entonces él, al levantarse, colocó un cortapapeles entre las páginas para no perder el punto y cerró el libro.

—¡Ah! —exclamó el doctor—. Ése no es el hombre que vive en su momento, sino el hombre que vive en su milagro. —Se llenó el vaso de nuevo—. *Gesundheit* —dijo—, *Freude sei Euch von Gott beschieden, wie heut' so immerdar!*

—Hablan del dolor y de la confusión con excesivo desenfado —dijo Nora.

—¡Un momento! —respondió el doctor—. El dolor del hombre va cuesta arriba; si bien es cierto que le resulta

difícil de soportar, también le resulta difícil de mantener. Yo sé, en mi calidad de médico, en qué bolsillos guarda el hombre su corazón y su alma, y en qué refriegas del hígado, de los riñones y de los genitales se desvalijan dichos bolsillos. El puro dolor no existe. ¿Por qué? ¡Es compañero de alcoba de los pulmones, la pleura, los huesos, las tripas y la vesícula biliar! Sólo hay confusiones, en eso llevas toda la razón, Nora, hija mía, confusiones y ansias frustradas: así es como estamos hechos, todos y cada uno de nosotros. Si son gimnosofistas *pueden* prescindir del vestido, y si están lisiados de una pierna les pasará más aire entre las rodillas que si no lo están, pero sigue siendo confusión; los elegidos de Dios caminan pegados a la pared.

»Una vez, yo también estuve en una guerra —prosiguió el doctor—, en una ciudad pequeña en la que las bombas empezaron a partirnos el corazón, o sea que cada cual empezaba a pensar en toda la majestad del mundo en la que al cabo de un momento ya no podría seguir pensando si aquel ruido se venía abajo y daba en el blanco; yo me estaba peleando por un lugar en el sótano... y allí había una anciana bretona con la vaca que había llevado a rastras consigo, y detrás de ellas alguien de Dublín susurrando, “¡Alabado sea Dios!”, en el extremo opuesto del animal (a mí, gracias le sean dadas a mi Creador, me tocaba la cabeza); aquel agujero no era mayor que una bandeja de servir el té, y el pobre animal temblaba de tal modo sobre sus cuatro patas que enseguida comprendí que la tragedia de la bestia puede ser dos patas más atroz que la del hombre. La vaca iba soltando con delicadeza sus excrementos allí al fondo, desde donde seguía alzándose el hilito de voz celta, con su

“¡Alabado sea Jesús!”, y yo me dije: “¡Ojalá amaneciera ahora mismo, y así podría ver qué sustancia me está embadurnando la cara!” En aquel momento cayó un relámpago y vi cómo la vaca levantaba la cabeza hacia atrás hasta que los cuernos formaron dos lunas contra su espalda... y sus grandes ojos negros estaban empapados de lágrimas.

»Empecé a hablarle, maldiciéndome a mí mismo, al mojigato irlandés y a la vieja, que parecía que estuviera contemplando su vida entera, calibrándola, como hace el hombre cuando considera el cañón del revólver para apuntar. Puse la mano encima de aquella desdichada vaca con la piel que chorreaba agua bajo mi mano, tanta agua como la que se precipita cuesta abajo en Lahore, sacudiéndose contra mi mano como si quisiera huir, pero fija en su sitio; y pensé, hay direcciones y velocidades que nadie ha calculado, porque tanto si lo creen como si no, aquella vaca había ido muy deprisa a algún lugar del que nosotros nada sabíamos, y sin embargo seguía allí.

El doctor alzó la botella.

—Gracias —dijo Felix—, pero nunca tomo bebidas alcohólicas.

—Ya las tomará —dijo el doctor.

—Hay una cosa que siempre me ha preocupado —continuó el doctor—, y es ese asunto de la guillotina. Dicen que el verdugo tiene que proveer su propia cuchilla, del mismo modo que se espera del marido que vaya provisto de su propia navaja. Eso sólo bastaría para que se le pudriera el corazón antes de rebanar la primera cabeza. Una noche que deambulaba yo por el Boul «Mich», me pasó a hurtadillas por delante de los

ojos un individuo que llevaba un clavel rojo en el ojal. Yo, con el único fin de entablar una amistosa conversación, le pregunté por la razón de aquella flor. «Es una prerrogativa del verdugo», me respondió él... Y me quedé más flojo que un bloc de papel secante distraído del Senado. «En otros tiempos», dijo, «el bochín la sujetaba entre los dientes.» Al oír aquello se me revolvieron las tripas, me lo figuré afilando la cuchilla con una flor en la boca como la Carmen. ¡Precisamente él, el hombre que supuestamente en la iglesia debe llevar puestos los guantes! A menudo terminan rajándose a sí mismos, es un ritmo que al final los enfrenta a su propio cuello. Se inclinó hacia mí y pasó un dedo por el mío, diciendo: «Con tanto pelo, y tan grueso, se hace un poco difícil.» En aquel preciso instante me dio un soplo en el corazón que tendré para el resto de mis días. Solté un franco y salí disparado como alma que lleva el diablo, con los cabellos del cogote más tiesos y erguidos que la gorguera de la reina Ana, y no me detuve hasta que me vi en el centro exacto del Musée de Cluny, agarrado al potro de tortura.

Un súbito silencio recorrió la sala. El conde estaba en el umbral de la puerta, balanceándose sobre sus tacones, con una mano en cada batiente. Un torrente de italiano, que no era más que la culminación de algún tema que había iniciado en el vestíbulo, quedó abruptamente partido en dos cuando se dio una palmada en la pierna, y se quedó allí de pie, alto y encorvado y aristocrático. Se adentró en la sala, sujetando por el centro, entre el índice y el pulgar, una lupa redonda que pendía de una cinta negra y ancha. Con la otra mano se ayudaba para desplazarse, de la silla a la mesa, de un huésped

a otro. Detrás de él, en traje de montar, iba una joven. Al llegar al aparador giró sobre sí mismo con una agilidad espantosa.

—¡Fuera! —dijo en voz baja, poniendo la mano encima del hombro de la muchacha—. ¡Fuera, fuera! —No había duda de que lo decía en serio; inclinó cortésmente la cabeza.

Al llegar a la calle, la «duquesa» tomó una orla de encaje que se arremolinaba en torno a sus helados tobillos.

—¿Cómo estamos, pobrecito mío? —dijo, volviéndose hacia Felix.

—¡Vaya! —exclamó Felix—. ¿Qué es lo que ha pasado, y por qué?

El doctor paró un taxi agitando el bulldog que adornaba el puño de su bastón.

—Eso puede remediarse en cualquier bar —dijo.

—Eso se llama —dijo la «duquesa», calzándose los guantes— una breve audiencia con la nobleza, ¡breve, pero audiencia al fin!

Mientras subían por la calle oscura, Felix sintió que se ponía de color escarlata.

—¿Es un verdadero conde? —preguntó.

—*Herr Gott!* —respondió la duquesa—. ¿Acaso soy yo lo que digo que soy? ¿Lo es usted? ¿Lo es el doctor? —dijo, poniéndole la mano sobre la rodilla—. ¿Sí, o no?

El doctor estaba encendiendo un cigarrillo, y a la luz de la llama, el barón observó que se reía en silencio.

—Nos ha echado por una de esas esperanzas que está a punto de verse frustrada. —Agitó sus guantes ante la ventana en dirección a otros invitados que se hallaban en la esquina, deteniendo vehículos.